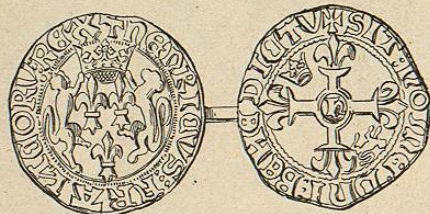


ó los armagnacs. La población se amontona en las ciudades; Ruán, que se encuentra situada entre esas tres clases de enemigos, jamás ha estado tan poblada, pues en ella se refugia toda la Normandía.

La guerra contra los ingleses se hace en pequeña escala. En 1416 fracasa una tentativa para recobrar Harfleur; los armamentos marítimos, proseguídos con ardor, no dan ningún resultado; el dinero destinado á los capitanes y marinos genoveses lo roban los intermediarios y la armada franco-genovesa es derrotada en el estuario del Sena en 15 de agosto de 1416, y delante de la Hougue en 29 de junio del año siguiente.

La diplomacia no es más afortunada. Por un momento se confía en la intervención del emperador Segismundo, el cual, fiel á las tradiciones de los Luxemburgos, había firmado en Trino, en 25 de junio de 1414, un tratado de amistad y alianza con Carlos VI, en el



Moneda de vellón de Enrique V

cual había prometido seguir siempre siendo «su bueno, leal y perfecto amigo.» En 1415, el concilio reunido en Constanza trabajaba para restablecer la unidad de la Iglesia y Segismundo colaboraba en esta obra con entusiasmo, habiendo ido á Narbona á encontrar al rey de Aragón para tratar de los asuntos del cisma. Solicitado para que interviniera en pro de la paz entre Francia é Inglaterra, fué á París en 1.º de marzo de 1416. Su llegada en aquellos días tristes era una suerte; pero Segismundo no tardó en desilusionar á sus huéspedes: cuando fué á oír misa en Nuestra Señora no dió nada para la ofrenda ni para el tesoro de la catedral, y apenas si regaló un miserable escudo de oro á los monaguillos. En el Parlamento, en donde quiso fallar una causa, ocupó sin andarse con cumplidos el puesto del rey é intervino en el proceso nombrando caballero á uno de los dos adversarios. Ofreció una magnífica cena á ciento veinte damas y señoritas de París, pero hizo que la sirvieran al estilo alemán con platos especiados y abundantes vinos, cosa que se consideró como gran grosería, y á cada una de las invitadas la obsequió con un cuchillo alemán que no valía más que un blanco y con una sortija que no valía casi más. Al cabo de un mes y medio partió para Inglaterra aquel mezquino mediador, á quien acompañaba una embajada francesa.

El emperador no llegó á Londres hasta el 7 de mayo de 1416: era la primera vez que un emperador visitaba Inglaterra. Enrique V le tributó una recepción maravillosa, «pues conocía los honores mundanos tan bien como cualquier príncipe de su tiempo.» El rey de Inglaterra y Segismundo se pusieron de acuerdo para proponer al rey de Francia, no la paz todavía, sino una tregua de tres años y una entrevista en Normandía. En el entretanto, Harfleur sería puesta en manos del emperador. Envióse una embajada á París y después se reunió una conferencia en Beauvais, pero no se pudo en ella

resolver otra cosa que la convocación de una nueva conferencia en Calais. Enrique V reclamaba como mínimo la posesión definitiva de Harfleur y la entrega con plena soberanía de los territorios cedidos por el tratado de Calais, reclamación que venía á ser el fondo inmutable de las exigencias inglesas y que el gobierno francés no podía resignarse á admitir.

De pronto, el emperador cambió por completo de ideas: seducido por las atenciones que Enrique V le prodiga, acusa hipócritamente á los franceses de que le han hecho trabajar seis meses inútilmente por la paz, y en el convenio de Cantorbery, de 15 de agosto de 1416, llama á Enrique V «nuestro hermano Enrique de Inglaterra, rey de Francia,» se alía con él y aun se compromete á prestarle ayuda para recobrar su reino de Francia. En los primeros días de septiembre el rey de Inglaterra acompañaba á su huésped á Calais; su alianza era todavía secreta y Segismundo seguía negociando en apariencia; pero resumía su política diciendo: «Mis parientes están en Francia, pero mis amigos están en Inglaterra.»

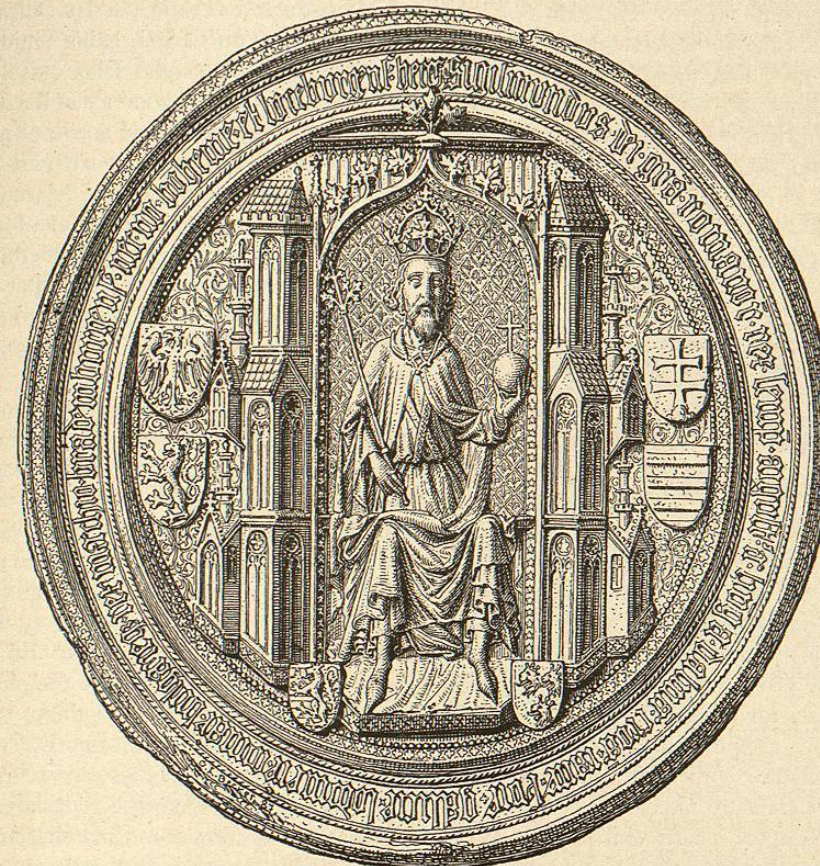
Juan Sin Miedo, desesperado por el fracaso sufrido delante de París, había reanudado sus negociaciones con los ingleses, conviniendo con éstos, en 24 de junio de 1416, en primer término una tregua general para los dominios de Borgoña, prohibiéndose, en su consecuencia, nuevamente á los súbditos del duque que se armaran para acudir al llamamiento del rey de Francia. Después, el duque de Borgoña fué á visitar al rey de Inglaterra en Calais, adonde llegó el 6 de octubre de 1416 acompañado de doscientos jinetes. El duque y el rey pasaron ocho días juntos. ¿Qué se dijeron y qué convinieron? Poseemos sobre ello documentos graves, pero no son actas definitivas; entre ellos hay una minuta sin formas auténticas á la que va unido un protocolo de cartas, en nombre del duque de Borgoña, fechado en Calais en el mes de octubre, aunque sin indicación de día ni fecha: en ella Juan Sin Miedo reconoce á Enrique y á sus descendientes «como él y los que de derecho es y serán reyes de Francia.» Sin embargo, no le prestará homenaje hasta que «el rey de Inglaterra haya recobrado una buena parte de dicho reino.» Además ayudará á Enrique V «por todas las vías y maneras secretas que sabrá.» Durante todo el tiempo en que el rey de Inglaterra trabajó por la «recuperación» del reino de Francia, Juan promete hacer la guerra con todas sus fuerzas á sus enemigos del reino, designados en el documento con las iniciales A, B, C, D, y «á todos los que desobedecerán al rey de Inglaterra.» Si este odioso convenio no se redactó en forma definitiva, fué indudablemente por prudencia; quizás también se debió á que Juan no quisiera comprometerse demasiado y cortarse todo medio de retirada.

Enrique podía, por consiguiente, en 1417 comenzar una nueva campaña: el emperador era su aliado y, por otra parte, desde el 29 de abril un tratado de 1417 alianza ofensiva ligaba á Juan Sin Miedo y á Segismundo. Es cierto que el emperador, á pesar de sus promesas, no hizo nada ó casi nada; pero Enrique V había reunido un ejército y organizado una flota. A fines de julio partió el rey de Inglaterra y el 1.º de agosto desembarcó en la desembocadura del Touques, en la playa de Trouville. Algunos días después, Juan Sin Miedo emprendió la marcha sobre París.

III.—Los borgoñones en París y los ingleses en Ruán (1)

Aquella vez la invasión inglesa amenazaba á la Baja Normandía. El terreno estaba bien escogido. Aunque el condestable había llamado á París á una parte de las tropas que defendían la Alta Normandía, las plazas del país de Caux y del valle del Sena eran un obstáculo difícil de salvar, pues podían ser fácilmente socorridas. En cambio la comarca baja, mal guarnecida y mal de-

paron en Caén sin dificultad las dos grandes abadías de San Esteban y de la Trinidad que dominaban la población. Los habitantes, por el contrario, se defendieron cuanto pudieron durante diez y siete días; y cuando, después del asalto, entraron los enemigos, no encontraron sino ruinas; la sangre «corría por las calles.» El castillo no se rindió hasta el 20 de septiembre de 1417. La mayor parte de la población, unas veinticinco mil personas, hubo de emigrar. Enrique V estableció en



Sello real de Segismundo

fendida, era fácil de conquistar, y una vez conquistada, la Baja Normandía constituía una buena base de operaciones, desde la cual podían los ingleses lanzarse sobre el Sena, entre París y Ruán, y coger á esta última ciudad entre dos fuegos.

El ejército inglés marchó sobre Caén: el rey de Inglaterra quiso demostrar á los habitantes de esa ciudad que se presentaba, como buen dueño, á tomar posesión de su territorio. Enrique estableció entre sus tropas una disciplina rigurosa y ordenó que se respetaran especialmente la Iglesia y sus bienes. Por esto los ingleses ocu-

Caén su cuartel general y los primeros servicios de la administración inglesa.

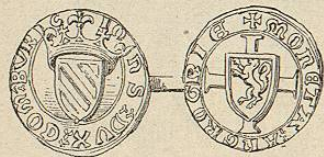
Como Caén, muy pronto fueron «inglesados» la mayor parte de los castillos de la llanura de Caén y del Bessin: Bayeux capitula antes del 19 de septiembre; Alenzón en 23 de octubre, y Falaise, gracias á su fortísima posición, se defiende hasta el 16 de febrero de 1418. Como no hay resistencia organizada, se soporta en todas partes el establecimiento del régimen inglés como una necesidad; todo sucede regularmente; los que se someten nada han de temer; los que no quieren reconocer al nuevo señor son desterrados y en documentos muy concretos se determinan las fechas de su partida, lo que pueden llevarse y los plazos y prolongaciones que en ciertos casos pueden obtener. Este orden severo de la conquista forma contraste con el desorden que impera en todo el reino de Francia; así es que muchos normandos, clérigos, menestrales y nobles, se colocan espontáneamente bajo la dominación inglesa. Finalmente, los príncipes vecinos de la Normandía entran en inteligencias con aquel rey rígido y duro, pero fiel á su palabra: el duque de Bretaña va á encontrarle, en noviembre de 1417, en Alenzón y firma con él una tre-

(1) FUENTES.—J. Page, *Poem on the siege of Rouen*, edición Gairdner, en «Historical Collections of a citizen of London in the XVth century,» 1876. *Rôles normands et français et autres pièces tirées des archives de Londres par Bréguigny*, «Mémoires de la Société des Antiquaires de Normandie,» XXIII, 1858.

OBRAS DE CONSULTA.—Postel, *Siège et capitulation de Bayeux en 1417*, 1873. Puisseaux, *Siège et prise de Caen par les Anglais en 1417 y Etude sur le siège de Rouen par Henri V, roi d'Angleterre, en 1418-1419*, «Mémoires de la Société des Antiquaires de Normandie,» XXII, 1856, y XXVI, 1867; del mismo, *L'émigration normande et la Colonisation anglaise en Normandie au XV^e siècle*, Memorias leídas en la Sorbona, Historia, 1866. S. Luce, *La France pendant la guerre de Cent Ans*, II, 1893.

gua de un año, y otro tanto hace la reina de Sicilia, duquesa de Anjou.

El duque de Borgoña, por su parte, avanzaba sobre París con todas sus fuerzas y por el camino dirigió á las ciudades un manifiesto en el que hacía el proceso del gobierno de los armagnacs y prometía la supresión de los subsidios y de los impuestos de todas clases. En 16 de septiembre de 1417 estaba ya en Versalles, pero hasta la primavera siguiente anduvo rondando por los alrededores de París. Entabló negociaciones con la reina Isabel, desterrada en Tours, fuése á buscarla y opuso el gobierno de la regente, que estableció en Troyes, al gobierno del delfín, dirigido en París por el condestable. Isabel tenía un sello, «el sello de las causas, soberanías y apelaciones para el rey,» y se titulaba «por la gracia de Dios reina de Francia, encargada, por ocupación del rey, del gobierno y de la administración de este reino.»



Moneda de Juan Sin Miedo, acuñada para el condado de Borgoña.

En París, la tiranía de los armagnacs abrumba á todo el mundo; la gente se niega á pagar los subsidios, parálizase el comercio y el dinero deja de circular, haciéndose necesario apelar á la violencia y distraer objetos de orfbrería de los tesoros de Notre-Dame y de Saint-Denis. La corte se priva de comer pescado fresco de mar y come arenques salados en los días de vigilia. Las tropas se alimentan y cobran como pueden. Las imaginaciones están exaltadas: se dice que los armagnacs se han mandado fabricar cuatro mil hachas con los hierros barnizados y confeccionar cuatro mil jaquetas negras «á fin de no ser de noche conocidos,» «y no todos dormían toda la noche.» Hubo un momento, sin embargo, en que se creyó próxima la paz entre los príncipes, pues Juan Sin Miedo, siempre vacilante, había reanudado las negociaciones y aun se había llegado á una inteligencia en la Tombe, cerca de Montereau; y el 26 de mayo de 1418, los cardenales, que habían presidido las conferencias en nombre del papa Martín V, habían llevado la buena nueva á París. Pero la alegría fué corta: al día siguiente supose que el condestable de Armagnac se oponía á la paz y que el canciller Enrique de Marle se negaba á sellar el tratado. No quedaba, pues, más recurso que llamar á los borgoñones.

Perrinet Leclerc, hijo de un gran comerciante en hierro del Petit-Pont, partidario entusiasta de los borgoñones, había sido «infamado é injuriado» por unos criados armagnacs; su padre estaba encargado de la custodia de la puerta de San Germán de los Prados, y Perrinet ofreció á uno de los jefes del ejército borgoñón, el señor de l'Isle-Adam, que estaba en Pontoise, hacerle entrar en la ciudad. A las dos de la madrugada del 29 de mayo, después de haber cogido á su padre las llaves «de debajo de la almohada,» abrió la puerta de San Germán, por donde penetraron l'Isle-Adam con ochocientos soldados que avanzaron hasta el Châtelet. Allí encontraron reunidos á mil doscientos parisienses arma-

dos y ostentando la cruz borgoñona de San Andrés. Los borgoñones gritaron «¡La paz, la paz, ¡Borgoña!» y poco á poco los habitantes fueron saliendo de sus casas, dirigiéndose un gran grupo al palacio del condestable, el cual se había refugiado en una casa vecina, en donde fué descubierto y desde allí conducido al Palacio de justicia. Otro grupo se encaminó al palacio San Pablo, derribó las puertas del mismo y llegó hasta el rey, quien accedió sonriendo á cuanto le pedían y se dejó conducir á caballo por las calles. El preboste de París, Tangui du Châtel, había tenido tiempo de ir á buscar al delfín, y «como Dios quiso, lo tomó en brazos, lo envolvió en su ropón y lo llevó á la Bastilla San Antonio,» de donde volvió á salir al poco rato á caballo, poniendo al príncipe en salvo en Melún. Los armagnacs, sin orden y sin jefes, se dejaron asesinar: veíanse muchos cadáveres desnudos, «amontonados en el fango como cerdos,» y de este modo fueron muertas en las calles quinientas personas, «sin contar las que lo fueron en las casas.» El saqueo se generalizó en toda la ciudad. Algunos días después, la Bastilla se rendía á los borgoñones.

La reina y el duque de Borgoña enviaron desde los primeros días á París, para que trataran de restablecer el orden, á Felipe de Morvilliers, abogado en el Parlamento, y al señor de Montaigu. Tal vez el mismo Juan Sin Miedo no habría salido bien de esta empresa, pero sin duda estaba resuelto á dejar que las cosas siguieran su curso, y en la primavera había regresado á su ducado, en donde se encontraba cazando «y haciendo compañía á los bosques y á las fuentes.» En el entretanto, temíase que estallara en París un complot armagnac para libertar al condestable: el domingo, 12 de junio, dióse el grito de alarma en muchas puertas de la ciudad, juntándose gentes en las Halles y en las plazas de la Grève y de Maubert; los matarifes se pusieron al frente de las partidas que se formaron y marcharon hacia las prisiones en donde los armagnacs se encontraban amontonados «como si fueran perros ó carneros.» En la Conserjería del Palacio de justicia fueron asesinados el condestable y el presidente del Parlamento, y en el Pequeño Châtelet una porción de prelados y gente de iglesia. En el Gran Châtelet, los prisioneros que tenían armas se resistieron: «Por medio del fuego, del humo y de otros asaltos fueron cogidos y muchos fueron arrojados desde lo alto de las torres; los parisienses los recibían con sus picas y con las puntas de sus bastones de hierro y luego los asesinaban impúdica é inhumanamente.» Análogos asesinatos se cometieron en otras cárceles. Las ejecuciones duraron hasta el día siguiente al mediodía, y el número de víctimas fué de unas mil seiscientas, caballeros, magistrados, prelados y doctores. Los jefes borgoñones dejaban hacer cuanto querían á los sesenta mil parisienses armados y «embastonados» de mazos, hachas, destales, porras y otros viejos bastones, que saqueaban al grito «¡Vivan el rey y el duque de Borgoña!» «Los malos muchachos» arrancaron dos largas tiras de piel del cadáver del condestable, de modo que éste vino á llevar después de muerto, como había llevado en vida, «la banda de los armagnacs.» Algunas mujeres fueron asesinadas: «Y hasta se dió muerte á una mujer embarazada, y se veía moverse y agitarse en su seno á su criatura, observando lo cual decían al-

gunos inhumanos: «Mirad ese perrito que se rebulle.»

A todo esto Juan Sin Miedo no llegaba y en París «no había quien pudiera saber de cierto dónde se encontraba, con lo cual el pueblo fué más rebelde y el preboste no se atrevía á hacer justicia.» Por fin, en 8 de julio de 1418, el duque se resolvió á salir de Troyes y el 18 hizo su entrada en París con la reina. Los ciudadanos en masa iban detrás de él y desde lo alto de las ventanas le arrojaban flores, gritando: «¡Navidad, Navidad! ¡Viva Borgoña!» Juan Sin Miedo condujo á la reina al lado del pobre rey que hacía mucho tiempo no la había visto; después celebráronse grandes consejos para organizar el gobierno borgoñón; renovóse todo el personal del Parlamento, de las Cuentas, del Consejo de Estado, del palacio real y de la Cancillería, y se distribuyeron grandes recompensas á los borgoñones.

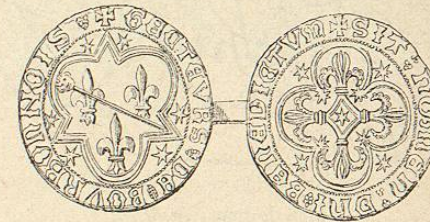
Pero el duque de Borgoña había tardado demasiado y ya no era dueño de París. Durante toda la noche del 20 de agosto y todo el día siguiente, varias pandillas recorrieron la ciudad á las órdenes del verdugo Capeluche, pues Caboche se había convertido en personaje oficial, agregado al palacio del duque de Borgoña. Los prisioneros que quedaban en el Châtelet y en el Pequeño Châtelet fueron asesinados, y desde aquellos sitios se dirigieron las pandillas á la Bastilla San Antonio y al palacio de Borbón. El duque de Borgoña trató de contenerlas, pero ni sus súplicas ni sus órdenes fueron escuchadas. Algunos de los prisioneros de la Bastilla fueron entregados á la muchedumbre, que los asesinó; también allí se dió muerte á mujeres, «dejándolas luego sobre las piedras sin más ropa que la camisa.» Según parece, el verdugo Capeluche «se inclinaba más que los otros á asesinar mujeres» y mató á una mujer embarazada, «que en aquel caso no tenía ninguna culpa.» Este último crimen le perdió, y por otra parte, el duque de Borgoña ya no podía tolerar la familiaridad con que el verdugo tranquilamente le trataba. Capeluche fué detenido en una taberna de las Halles y llevado al patíbulo: él mismo dió consejos al nuevo verdugo y preparó cuidadosamente los instrumentos de su suplicio «como si fuera á ejercer su oficio en la persona de otro.» Poco después fueron decapitados otros jefes de la sedición y se ordenó en nombre del rey que cesaran toda violencia y todo saqueo. En aquel momento estalló una cruel mortalidad que causó numerosas víctimas; los muertos eran arrojados en grandes fosas y «colocados como lardo con un poco de tierra por encima.»

Por la sangre y por el luto habíase hecho dueño de París el partido borgoñón, que tenía en sus manos al rey y se apoyaba en la reina Isabel. En el Norte del reino muchas ciudades se le sometieron, y para asegurarse la adhesión de las mismas, el nuevo gobierno suprimió en 1.º de octubre los subsidios. Además, algunos comisarios enviados en nombre de la reina habían, al parecer, atraído á la causa borgoñona á la mayor parte del Mediodía. Juan Sin Miedo se aprovechó de aquellos triunfos para entregar el reino á Enrique V.

El invierno no había interrumpido la conquista inglesa en Normandía. En el mes de febrero de 1418, Enrique V había dividido sus fuerzas, seguro como estaba evidentemente de que nadie había de ir á molestarle. Glocéster había avanzado hasta delante de Cherburgo,

Huntingdon hasta Avranches, Warwick hasta Domfront y Exeter hasta Evreux. Clarence había recorrido el país de Auge, penetrado en Lisieux y detenídose en Bernai. En el verano de 1418 toda la Baja Normandía estaba en poder de los ingleses, excepción hecha de Cherburgo y del Mont-Saint-Michel.

En el mes de mayo encaminóse Enrique V hacia la Alta Normandía, comenzando por ocupar las plazas que aseguraban las comunicaciones con Ruán y París. El 23 de junio fué tomada Louviers. Desde Pont-de-l'Arche, á cinco leguas Sena arriba de Ruán, salieron expediciones exploradoras que remontaron el valle del Andelle y aislaron á Ruán por el lado del Vexin. Las tropas francesas que guardaban la orilla derecha no hicieron ningún esfuerzo para impedir que los enemigos echaran junto á la abadía de Bonport un puente sobre barcas de cuero hervido. Una vez atravesado el



Jetón con las armas de Borbón.

Sena, Enrique V envió á Exeter á intimar á Ruán que se rindiera á su señor legítimo, el rey de Francia, duque de Normandía; y en vista de que los ruaneses nada contestaron, el 29 de julio de 1418 el rey de Inglaterra acampó con cuarenta y cinco mil hombres ante las murallas de la ciudad.

Ruán tenía casi la misma importancia que París; su población de entonces se ha calculado que era de unos trescientos mil habitantes. A lo largo de las estrechas y oscuras calles amontonábanse las iglesias, las casas, los palacios y los conventos; la ciudad era rica por su industria, especialmente por la de paños, y por su comercio, que se extendía hasta Italia y la Escandinavia. Contaba para su defensa con un recinto continuo de torres y lienzos de muralla; al Noroeste con un castillo muy fuerte del que todavía se conserva el torreón; al Este, sobre la más alta de las colinas que dominaban Ruán, con el fuerte de Santa Catalina, y finalmente al otro lado del Sena, en el extremo del puente que unía las dos orillas, con el antiguo castillo ó Barbacana y con el arsenal del Clos des Galées.

Desde hacía muchos años el gobierno real, pero sobre todo los ruaneses, habían hecho grandes esfuerzos para poner en buen estado las fortificaciones. A principios de 1418 la ciudad se había adherido al partido borgoñón; en enero de 1418 un capitán borgoñón, Guido le Bouteiller, había entrado en ella con mil quinientos hombres y expulsado al capitán real del castillo. El municipio había sido reformado. A la llegada de los ingleses Ruán tenía una guarnición de cinco mil quinientos hombres, y la milicia urbana y los ballesteros formaban un cuerpo de diez y seis mil, mandados por Alain Blanchart; de los refugiados fueron armados dos mil, y además los parisienses enviaron un cuerpo de seiscientos soldados. La plaza disponía de un gran material de artillería: en cada torre había tres cañones y